

hundiría en el abismo, al presentarnos ante Él. Por esto, cuando nos concede alguna gracia, no hemos de pensar que se nos concede a nosotros o por nuestras súplica, sino que todo cuanto Él da, lo da a su Hijo Jesucristo y por la eficacia de su méritos y oraciones.

3. La tercera disposición es: la pureza de intención, protestando ante Nuestro Señor, al comenzar la oración, que renunciamos a toda curiosidad de espíritu, a todo amor propio y que queremos practicar la oración, no por nuestra propia satisfacción y consuelo, sino buscando exclusivamente su gloria y su agrado, ya que Él se ha dignado, del mismo modo, cifrar sus delicias en tratar y conversar con nosotros; protestando asimismo que en cuanto le pedimos queremos que todo ello vaya encaminado a este mismo fin.

4. La cuarta disposición que ha de acompañar a la perfecta oración debe ser: la perseverancia. Si deseáis glorificar a Dios con la oración, y alcanzar de su bondad cuanto le pedís, es preciso perseverar con fidelidad en este divino ejercicio. Son muchas las cosas que pedimos a Dios y no las alcanzamos, ni con una ni con tres peticiones; y es que quiere que le pidamos muchas veces buscando Él por este medio que nos mantengamos en la humildad, en el desprecio de nosotros mismos, y en el aprecio de sus gracias y agradándose en abandonarnos largo tiempo en un asunto que nos obligue a ir a Él, para, de este modo, poder estar frecuentemente, nosotros con Él y Él con nosotros. ¡Hasta tal punto nos ama, y tan cierta cosa es que tiene sus delicias en estar con nosotros!

Finalmente, y como complemento de toda santa disposición, cuando comencéis vuestra oración, entregad generosamente vuestro espíritu y vuestro corazón a Jesús y a su divino Espíritu, rogándole que ponga en vuestra mente y en vuestro corazón los pensamientos, sentimientos y afectos que Él desee, abandonándoos completamente.

te a su santa dirección, para que os dirija como a Él le parezca en este divino ejercicio y esperando confiadamente en su inmensa bondad que os dirigirá como más os convenga y que os concederá cuanto le pidáis, o en la medida que le pedís, o sobre todos esos vuestros deseos.

SEGUNDA PARTE

Virtudes cristianas

Una vez expuestos los principales fundamentos de la vida cristiana, como son: la fe, el odio al pecado, el desprendimiento del mundo, de uno mismo y de todas las cosas y la oración; es necesario, además de esto, si deseáis vivir cristiana y santamente, o mejor dicho, si deseáis hacer vivir y reinar a Jesús en vosotros, que os ejercitéis con todo cuidado en la práctica de las virtudes cristianas que Nuestro Señor Jesucristo ejercitó mientras estuvo en el mundo. Porque, partiendo de que debemos continuar y completar la vida santa que Jesús llevó en la tierra, nos vemos en la obligación de continuar y completar las virtudes que en la tierra Él practicó.

Por esta razón y a fin de llegar a ello, expondremos aquí, en primer lugar, de una manera general, algo acerca de la excelencia de las virtudes cristianas y de la manera de practicarlas cristianamente; hablando después en particular, de algunas de las principales cuyo uso es más importante y necesario para la perfección y santidad de la vida cristiana.

CAPITULO I

De la excelencia de las virtudes cristianas

Se encuentran muchas personas que estiman la virtud, la desean, la buscan y ponen gran cuidado y trabajo en adquirirla, y se ven, no obstante, muy pocas que estén adornadas de verdaderas y sólidas virtudes cristianas; de lo cual una de las causas principales parece ser, que en los caminos y adquisición de las virtudes, no tanto se guían por el espíritu del cristianismo como por el espíritu de los filósofos paganos, herejes y políticos; es decir, no según el espíritu de Jesucristo y de la divina gracia que Él nos ganó con su sangre, sino según el espíritu de la naturaleza y razón humana.

¿Queréis conocer la diferencia que existe entre estos dos espíritus, en lo que toca al ejercicio de las virtudes? La veréis en tres cosas.

1. Los que andan tras la virtud a estilo de los filósofos paganos, herejes y políticos, la miran simplemente con los ojos de la humana razón, la estiman como cosa en sí muy excelente y muy puesta en razón y necesaria para la perfección del hombre que por ella se distingue de las bestias que no tienen más guía que el sentido; y movidos por estas consideraciones, más humanas que cristianas, se animan a desear y adquirir la virtud.

2. Persuádense los tales que podrán adquirir la virtud por sus propios esfuerzos; a fuerza de cuidados, de vigilancia, de consideraciones y prácticas; en lo cual, engañanse sobremanera, sin tener en cuenta que, sin la divina gracia, nos es imposible practicar el menor acto de virtud cristiana.

3. Aman la virtud y se esfuerzan por adquirirla, no tanto por Dios y para su gloria cuanto para ellos mismos;

por su propia gloria, interés y satisfacción y para pasar por más excelentes y perfectos, que es el modo que tienen los paganos, herejes y políticos de desear y buscar la virtud. Los demonios mismos la desean de esta manera, porque, encontrándose llenos de orgullo, ambicionan todo aquello que puede hacerles más honrados y distinguidos.

Por esto querrían tener la virtud, por ser cosa muy noble y excelente; pero no para ser agradable a Dios, sino por espíritu de orgullo y de propia excelencia.

Por el contrario, los que se conducen según el espíritu y la gracia de Jesucristo, en la práctica de la virtud:

1. La miran, no sólo en sí misma, sino en su origen y manantial, en Jesucristo que es la fuente de toda gracia, que contiene de un modo eminente y en sumo grado toda clase de virtudes y en quien alcanza la virtud un mérito y una excelencia infinitos. Porque, siendo santo, divino y adorable todo lo que hay en Jesús, la virtud en Él se santifica y deifica, siendo, por lo tanto, digna de alabanza y adoración infinitas. Por esta razón, si consideramos la virtud en Jesucristo, esta consideración será infinitamente más poderosa para llevarnos a estimarla, amarla y buscarla, que si sólo la mirásemos según la excelencia que tiene en sí misma y atendiendo a la estima que le dan la razón y el espíritu humanos.

2. Los que en la práctica de las virtudes se guían por el espíritu del cristianismo, saben muy bien que, por ellos mismos no pueden practicar el menor acto de virtud; que, si Dios se apartase un momento de ellos, caerían al momento en el abismo de toda clase de vicios; que, siendo la virtud puro don de la misericordia de Dios, es preciso pedírsela con confianza y perseverancia. Por esto piden instante y continuamente a Dios las virtudes que necesitan, sin cansarse jamás de pedírselas; y, hecho esto, ponen de su parte cuanto cuidado, vigilancia y trabajo les es posible para ejercitarse en ellas.

Así y todo, guárdanse mucho de confiar y afianzarse en manera alguna en sus cuidados y vigilancias, en sus ejercicios y prácticas, en sus deseos y resoluciones, como tampoco en la oración, que por esta causa dirigen a Dios; ellos lo esperan todo de la pura bondad de Dios y para nada se inquietan cuando no ven en ellos las virtudes que desean... Y, en vez de turbarse y desanimarse, permanecen en paz y humildad delante de Dios, reconociendo: que de ellos es la falta e infidelidad y que, si Dios les tratase como lo merecen, no sólo no les concedería nada de lo que le piden, sino que les despojaría de las incesantes gracias hasta el presente concedidas; reconociendo asimismo, que harto favor les hace con no desecharles y abandonarles por completo. Todo lo cual, enciende en ellos nuevo fuego de amor y una nueva confianza en tan infinita bondad, juntamente con un ardientísimo deseo de buscar por toda suerte de medios las virtudes que necesitan para servirle y glorificarle.

3. Desean éstos la virtud y se esfuerzan por practicar con frecuencia actos internos y externos de amor a Dios, de caridad para con el prójimo, de paciencia, de obediencia, de humildad, de mortificación y demás virtudes cristianas, no por ellos, por su propio interés, satisfacción o recompensa, sino por el agrado e interés de Dios, para hacerse semejantes a su cabeza que es Jesucristo, para glorificarle y para continuar el ejercicio de las virtudes que Él practicó en la tierra, en lo cual, propiamente consiste la virtud cristiana. Porque, como la vida cristiana no es otra cosa que una continuación de la vida de Jesucristo, así las virtudes cristianas son una continuación y complemento de las virtudes de Jesucristo.

Y es preciso practicar las virtudes cristianas con el mismo espíritu, por los mismos motivos e intenciones con que Jesucristo las practicó, de suerte que la humildad cristiana sea realmente una continuación de la humildad

de Jesucristo, la caridad cristiana una continuación de la caridad de Jesucristo y así en todas las demás virtudes.

Juzgad por aquí cuánto más santas y excelentes son las virtudes cristianas que las virtudes llamadas morales (1), virtudes propias de paganos, herejes y falsos católicos. Porque estas virtudes morales no son sino virtudes humanas y naturales, virtudes fingidas y aparentes, faltas de base y de solidez, puesto que no se apoyan más que en la fragilidad del espíritu y de la razón humana y sobre la arena movediza del amor propio y de la vanidad. Mas las virtudes cristianas son verdaderas y sólidas virtudes, virtudes divinas y sobrenaturales; son, en una palabra, las virtudes mismas de Jesucristo, de las que necesitamos vivir revestidos y las que Jesucristo comunica a los que se unen a Él, a cuantos se las piden con humildad y confianza y se esfuerzan, a la vez, por practicarlas como Él las practicó.

CAPITULO II

De la excelencia, necesidad e importancia de la humildad cristiana

Si albergáis en vuestras almas un verdadero y deliberado propósito de vivir cristiana y santamente, uno de vuestros mayores y principales cuidados debe ser, funda-

1. Así llamaban, en tiempo del Santo, algunos escritores a las virtudes puramente naturales, sin relación alguna con el mérito y la vida eterna; o, mejor, a las mal llamadas virtudes de los mundanos. Los doctores católicos entienden comunmente por virtud moral: la virtud infusa, sobrenatural e informada por la caridad. (Nota del Traductor).

ros bien, con toda seriedad, en la humildad cristiana; porque no hay virtud más necesaria e importante que ésta.

Es la virtud que Nuestro Señor más instante y cuidadosamente nos recomienda, en aquellas divinas y amorosas palabras que debemos recordarlas con frecuencia y repetir las con todo amor y respeto: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis el reposo para vuestras almas». Es la virtud que San Pablo llama la virtud de Jesucristo por excelencia. Es la virtud propia y peculiar de los cristianos, sin la cual es imposible ser verdaderamente tal cristiano. Es el fundamento de la vida y santidad cristiana. Es la guarda de las demás virtudes. Es ella, la que obtiene para nuestras almas toda clase de bendiciones; porque el gloriosísimo y humildísimo Jesús ha cifrado su descanso y sus delicias en las almas humildes, según esta su palabra: «¿En quién pondré yo mis ojos (para hacer en él mi morada y mi descanso) sino en el pobrecito y contrito de corazón, y que oye con respetuoso temor mis palabras?» (1).

Esta es la virtud, que a una con el amor divino, hace santos, y grandes santos; porque la verdadera medida de la santidad es la humildad. Dadme un alma que sea verdaderamente humilde y diré de ella que es verdaderamente muy santa; si es muy humilde, la llamaré muy santa; si es humilísima, diré que es santísima, que está adornada de toda clase de virtudes, que es Dios muy glorificado en ella, que Jesús mora en semejante alma como en su tesoro y en el paraíso de sus delicias, y, añadiré, que ella será muy grande y a gran altura elevada en el reino de Dios, puesto que es palabra de la Eterna Verdad «que quien se humilla será ensalzado» (2).

1. «Ad quem respiciam, nisi ad pauperculum et contritum spiritu, et tremem sermone meos». Is., LXVI, 2.

2. «Qui se humiliaverit exaltabitur». Matth., XXII, 12.

Por el contrario, alma sin humildad es alma sin virtud, es un infierno, es la morada de los demonios, y el abismo de toda clase de vicios.

Puede, en fin, decirse, en cierta manera, que la humildad es la madre de Jesús, ya que por ella la Santísima Virgen se ha hecho digna de llevarle en su seno. También por esta virtud nos haremos nosotros dignos de formarle en nuestras almas de hacerle vivir y reinar en nuestros corazones. Por esto, debemos, cueste lo que cueste, amar, desear y buscar esta santa virtud.

En vista de lo dicho, me extenderé en esta materia un poco más que en las demás.

CAPITULO III

De la humildad de espíritu

Hay dos clases de humildad: humildad de espíritu y de corazón; las dos a una, forman la perfección de la humildad cristiana.

La humildad de espíritu es un profundo conocimiento de lo que realmente somos a los ojos de Dios. Porque, para conocernos bien, es preciso que nos miremos, no por lo que parecemos a los ojos y al juicio engañoso de los hombres, de la vanidad y de la presunción de nuestro espíritu, sino según somos a los ojos y al juicio de Dios. A este efecto, es preciso mirarnos a la luz y en la verdad de Dios, por medio de la fe.

Ahora bien, si nos miramos a esta luz y con estos divinos ojos, veremos:

1. Que, en cuanto hombres, no somos más que tie-

rra, polvo, corrupción y nada; que nada tenemos, podemos, ni somos por nosotros mismos. Porque, como quiera que la criatura ha salido de la nada, no es nada, ni por ella misma puede ni tiene nada.

2. Que, como hijos de Adán y como pecadores, nacidos en pecado original, somos enemigos de Dios, esclavos del demonio, objeto de abominación del cielo y de la tierra, de nosotros mismos y por nuestra virtud incapaces de hacer bien alguno y de evitar ningún mal; que no tenemos más camino, si queremos salvarnos, que el de renunciar a Adán y a todo lo que de él traemos, a nosotros mismos, a nuestro propio espíritu, a nuestras propias fuerzas, para entregarnos a Jesucristo y hacernos con su espíritu y su virtud.

Divina certeza entraña lo que Él nos dice: «que no podemos librarnos de la esclavitud del pecado sino por Él (1); que sin Él nada podemos hacer (2); que después que hubiéremos hecho todas las cosas, hemos de decir con toda verdad, que somos siervos inútiles» (3). Y lo que nos dice San Pablo: «que no somos capaces por nosotros mismos para concebir algún buen pensamiento, como de nosotros mismos, sino que toda nuestra suficiencia o capacidad viene de Dios» (4); y «que no podemos confesar que Jesús es el Señor sino por el Espíritu Santo» (5). Lo cual proviene no sólo de la criatura que de sí misma nada

1. «Responderunt ei: Semen Abrahae sumus, et nemini servivimus unquam: quomodo tu dicis: Liberi eritis? Respondit ei Jesus: Amen dico vobis, quia omnis qui facit peccatum servus est peccati. Si ergo vos Filius liberaverit, vere liberi eritis. Joan., VIII, 33-36.

2. Sine me nihil potestis facere. Joan., XV, 5.

3. «Quum feceritis omnia quae praecepta sunt vobis, dicite: servi inutiles sumus: quod debuimus facere, fecimus». Luc., XVII, 10.

4. «Non quod sufficientes simus cogitare aliquid a nobis, quasi ex nobis, sed sufficientia nostra ex Deo est». II Cor., III, 5.

5. «Nemo potest dicere Dominus Jesus, nisi in Spiritu Sancto». I Cor., XII, 3.

es y nada puede, sino de la atadura que tenemos al pecado; porque somos nacidos de Adán que nos ha engendrado, sí, pero en su condenación; que ciertamente nos ha dado la naturaleza y la vida, pero con ella el imperio y la tiranía del pecado, como él mismo lo tuvo después de su culpa; no pudiéndonos engendrar libres, siendo él esclavo; ni darnos la gracia y amistad de Dios, habiéndola él perdido. De suerte que, por justísimo juicio de Dios, llevamos todos este yugo de iniquidad que la Escritura llama «el reinado de la muerte» (6), que no nos deja practicar obras de libertad y de vida, es decir, obras de verdadera libertad y vida, cual es la de los hijos de Dios, sino tan solo obras de esclavitud y de muerte, obras privadas de la gracia de Dios, de su justicia y santidad.

¡Oh qué grande es nuestra miseria e indignidad, que el más pequeño pensamiento de servir a Dios y hasta el mero poder presentarnos ante Dios, fue preciso que el Hijo de Dios nos comprara con su sangre!

Pero, no es esto todo: Si bien nos miramos a la luz de Dios, veremos que, como pecadores e hijos de Adán, no merecemos existir ni vivir, ni que la tierra nos sostenga, ni que Dios piense en nosotros, ni aun de que se tome el cuidado de ejercitar su justicia en nosotros, como, con tanta razón como admiración, lo dice el santo Job: «¿Y tú te dignas abrir tus ojos sobre un ser semejante, y citarle a juicio contigo?» (7).

Veremos, si así nos miramos, que es gran favor el que Dios nos hace con soportarnos en su presencia y permitir que la tierra nos sostenga; y que, si Él no hiciera un milagro, todo contribuiría a nuestra ruina y perdición. Porque el pecado tiene eso de suyo propio, que apartándonos a

6. «Regnavit mors ab Adam usque ad Moysem... Unius delicto mors regnavit». Rom., V, 14-17.

7.

nosotros de la obediencia de Dios, nos priva de todos nuestros derechos; por consiguiente, ser y vida, cuerpo y alma, sentidos y potencias, por doble razón, no nos pertenecen; el sol no nos debe ya su luz, ni los astros su influencia, ni la tierra su sostenimiento, ni el aire la respiración, ni los demás elementos sus cualidades, ni las plantas sus frutos, ni los animales su servicio; sino, más bien, todas las criaturas deberían hacernos la guerra y emplear todas sus fuerzas contra nosotros, puesto que nosotros empleamos las nuestras contra Dios, a fin de vengar la injuria que hacemos a su Criador; la venganza que el mundo entero al fin de los siglos desplegará contra los pecadores, debiera descargarse a diario contra nosotros, cuando cometemos nuevos pecados; Dios podría muy justamente, en castigo de uno solo de nuestros pecados, despojarnos del ser y de la vida, de cuantas gracias temporales y espirituales nos ha concedido y descargar sobre nosotros toda clase de castigos.

Veremos también, que, de nosotros mismos, en cuanto pecadores, somos otros tantos demonios encarnados, otros tantos Anticristos (8), no teniendo nada en nosotros, de nosotros mismos, que no sea contrario a Jesucristo: que llevamos con nosotros un demonio, un Lucifer, un Anticristo, a saber, nuestra propia voluntad, nuestro orgullo y nuestro amor propio, que son peores que todos los demonios, que Lucifer y que el Anticristo, porque todo lo que tienen de malicia los demonios, Lucifer y el Anticristo lo sacan de prestado de la propia voluntad, del orgullo y del amor propio; veremos que de nosotros mismos no somos otra cosa que un infierno con toda clase de maldiciones, pecados y abominaciones; que tenemos en nosotros, como en principio y semilla, todos los pecados de la tierra y del infierno; siendo, como es, la corrupción que el

pecado original nos ha transmitido, raíz y manantial de toda clase de pecados, según estas palabras del Profeta-Rey: «Mira, pues, que fui concebido en iniquidad, y que mi madre me concibió en pecado» (9); que, en su consecuencia, si Dios no nos llevase continuamente en los brazos de su misericordia, y no hiciese como un continuo milagro para librarnos de caer en el pecado, nos precipitaríamos a cada instante en un abismo de toda clase de iniquidades; veríamos, en fin, que somos cosa tan horrible y espantosa, que si pudiéramos vernos como Dios nos ve, no nos podríamos soportar a nosotros mismos. Así leemos de una santa, que pidiendo a Dios le diese el conocimiento de ella misma y siendo por Él escuchada, se vio tan horrible que exclamó: «Basta, Señor, que de lo contrario desfallezco». Y el Padre Maestro Avila dice haber conocido a una persona que, habiendo hecho a Dios esta misma oración, se vio tan abominable que comenzó a exclamar a grandes gritos: «Señor, yo os suplico con toda instancia por vuestra misericordia que me quitéis este espejo de mis ojos; ya no tengo curiosidad de ver mi imagen».

Y, después de todo esto, itener alta estima de nosotros mismos, pensar que somos y merecemos algo!

Y, después de esto, iamar la grandeza y buscar la vanidad y complacerse en el aprecio y alabanzas de los hombres!

¡Oh singular fenómeno, ver que criaturas tan mezquinas y miserables como nosotros quieran encumbrarse y enorgullecerse! ¡Oh con cuánta razón el Espíritu Santo nos atestigua, hablándonos por el Eclesiástico: «que abo-

9. «Ecce enim in iniquitatibus conceptus sum et in peccatis concepit me mater mea». Ps., L, 7.

rece y le es sumamente enfadoso el proceder del pobre soberbio»! (10).

Porque, si es insoportable el orgullo en cualquiera, ¿cómo lo deberá ser en aquél a quien su pobreza le obliga a una extrema humildad? Es, sin embargo, vicio común a todos los hombres, quienes, por grandes prendas que aparezcan tener a los ojos del mundo, llevan con ellos mismos el estigma de su infamia, esto es, la condición de pecadores que debe mantenerles en grandísimo abatimiento ante Dios y ante todas las criaturas.

Y, sin embargo, ¡oh deplorable desgracia! transfórmalos el pecado en tan viles e infames y no queremos reconocer nuestra miseria, semejantes en esto a Satanás que, por el pecado que le domina, es la más indigna de las criaturas, y es, con todo, tan sobebrio que rehusa aceptar su ignominia. Esto es lo que hace que Dios aborrezca tanto el orgullo y la vanidad: hácese extremadamente insoportable ver que cosa tan baja e indigna quiera encumbrarse. Y, particularmente, recordando que Él, que es el todo y la misma grandeza, se abatió hasta la nada, y viendo que, después de esto, la nada quiere ensalzarse... ¡Ah, esto le es más que insoportable!

Si deseáis, pues, agradar a Dios y servirle con perfección, estudiad con empeño esta divina ciencia del propio conocimiento; grabad bien en vuestro espíritu las verdades arriba dichas, meditadlas frecuentemente delante de Dios y pedid todos los días a Nuestro Señor que os las imprima bien en vuestras almas.

Notad con todo, que si bien es verdad que como hom-

10. «Tres species odivit anima mea, et aggravor valde animae illorum: pauperem superbum: divitem mendacem: senem fatuum et insensatum. Tres especies de personas aborrece mi alma, y su proceder me es sumamente enfadoso. El pobre soberbio, el rico mentiroso, el viejo fatuo e imprudente». Eccli., XXV. 3-4.

bre, hijo de Adán y pecador, sois tal como os acabo de describir, sin embargo, considerado como hijo de Dios y miembro de Jesucristo, si estáis en su gracia, tenéis en vosotros un ser y una vida nobilísima y sublime y poseéis un tesoro infinitamente rico y precioso. Notad, asimismo, que aunque la humildad de espíritu deba haceros conocer lo que sois por vosotros mismos y en Adán, no debe ocultaros lo que sois en Jesucristo y por Jesucristo, y no os obliga a ignorar las gracias que Dios os ha hecho por su Hijo; lo contrario sería una falsa humildad; aunque sí os obliga a reconocer que todo lo que tenéis de bueno os viene de la purísima misericordia de Dios, sin que lo hayáis vosotros merecido. He aquí en qué consiste la humildad de espíritu.

CAPITULO IV

De la humildad de corazón

No basta tener la humildad de espíritu que nos hace conocer nuestra miseria e indignidad. La humildad de espíritu sin la humildad de corazón es una humildad diabólica: los diablos, que no tienen humildad de corazón, tienen humildad de espíritu, porque conocen muy bien su indignidad y maldición. Por esto, hemos de aprender de nuestro divino Doctor Jesús, a ser humildes, no sólo de espíritu sino también de corazón.

La humildad de corazón consiste: en amar nuestra bajeza y abyección, en alegrarnos de ser pequeños, abyectos y despreciables, en tratarnos nosotros y celebrar que los demás nos traten como tales, en no excusarnos y justificarnos sin gran necesidad, en no quejarnos jamás de na-

die, teniendo bien presente que llevando en nosotros el manantial de todo mal, merecemos toda clase de reprobación y malos tratos, en amar y abrazarnos de todo corazón a los desprecios, humillaciones y oprobios y a cuanto pueda rebajarnos. Y esto, por dos razones:

1. Porque a nosotros nos toca toda clase de desprecios y desestimas y que todas las criaturas nos persigan y pisoteen; sin que merezca la pena de que se molesten por nosotros.

2. Porque debemos amar lo que tanto amó el Hijo de Dios, y poner nuestro centro y nuestro paraíso, en esta vida, en las cosas que Él escogió para glorificar a su Padre, a saber, en los desprecios y humillaciones de que estuvo llena toda su vida.

La humildad de corazón, además, no consiste solamente en amar las humillaciones, sino en odiar y abominar toda grandeza y vanidad, según este divino oráculo salido de la boca sagrada del Hijo de Dios, que os suplico lo meditéis bien y lo grabéis fuertemente en vuestro espíritu: «Lo que parece sublime a los ojos humanos, a los de Dios es abominable» (1). He dicho toda grandeza, porque no basta despreciar las grandezas temporales y aborrecer la vanidad y estima de las humanas alabanzas, sino que debemos aborrecer más aún la vanidad que puede proceder de las cosas espirituales y temer y huir de todo lo que sobresale y se presenta extraordinario a los ojos de los hombres en la práctica de la piedad, como visiones éxtasis, revelaciones, don de hacer milagros y cosas semejantes. Y, no sólo no hemos de desear, ni pedir a Dios estas gracias extraordinarias, más aún, si el alma reconociese que el Señor le brinda con alguna de estas cosas extraordinarias, debería retirarse al fondo de su alma, juzgándose

1. «Quod hominibus altum est, abominatio est apud Deum». Luc., 16, 15.

harto indigno de estos favores y suplicarle que, en lugar de esa, le otorgase alguna otra gracia menos ostentosa y más conforme a la vida oculta y de desprecios que Él llevó en la tierra. Porque Nuestro Señor se agrada en colmarnos, en un exceso de su bondad, de sus gracias ordinarias y extraordinarias, mas, "se place sobremanera, en que nosotros, por un verdadero sentimiento de nuestra indignidad, y por el deseo de hacernos semejantes a Él en su humildad, huyamos de todo aquello que es grande a los ojos de los hombres. Y, quien no se encuentre en esta disposición, dará lugar a muchos engaños e ilusiones del espíritu de vanidad.

Notad, no obstante, que hablo aquí de cosas extraordinarias, y no de las acciones comunes y ordinarias de todos los verdaderos servidores y siervos de Dios, como comulgar con frecuencia, postrarse ante Dios mañana y tarde para ofrecerle los trabajos, acompañar al Santísimo Sacramento por la calle, cuando se lleva a un enfermo, mortificar la carne por medio del ayuno, de la disciplina o de alguna otra penitencia, rezar el rosario, hacer oración en la iglesia, en casa o por el camino, visitar y servir a los pobres y encarcelados, o hacer cualquiera otra obra de piedad.

Guardaos bien de querer omitir el ejercicio de tales acciones bajo el pretexto de una falsa humildad; no sea que lo omitáis, por verdadera flojedad.

Si el respeto humano o el descrédito del mundo se oponen a lo que debéis a Dios, debéis dominarlos, acordándoos de que no habéis de avergonzaros, sino tener a mucha gloria el ser cristianos, realizar acciones de cristiano y servir y glorificar a vuestro Dios ante los hombres y a la faz de todo el mundo. Pero, si es el temor de la vanidad y de la vana apariencia de una humildad postiza lo que quiere impedirnos practicar las susodichas acciones, debéis rechazarlo, protestando a Nuestro Señor que nada

queréis hacer sino por su pura gloria y considerando que todas estas obras son tan comunes a todos los verdaderos siervos de Dios y que deberían ser tan frecuentes en todos los cristianos que no hay lugar a vanidad en cosa que tantos practican y que todo el mundo debiera practicar.

Yo bien sé que Nuestro Señor Jesucristo nos enseña a ayunar, a dar limosna y a orar en secreto; pero San Gregorio el Grande nos declara que esto se entiende de la intención y no de la acción (2); es decir: que Nuestro Señor Jesucristo no exige que no hagamos esas acciones u otras semejantes, en público y ante los hombres, porque dice en otra parte: «Brille así vuestra luz ante los hombres de manera que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos» (3); lo que quiere es que nuestra intención sea secreta y oculta, es decir: que en las acciones exteriores y públicas que hacemos, tengamos en nuestro corazón la intención de hacerlas, no por agradar a los hombres o para captarnos su vano aplauso, sino para agradar a Dios y buscar su gloria.

En fin, la verdadera humildad de corazón que Nuestro Señor Jesucristo quiere que aprendamos de Él y que es la perfecta humildad cristiana, consiste en ser humilde como Jesucristo lo fue en la tierra; es decir: en aborrecer todo espíritu de grandeza y de vanidad, en amar los desprecios y la abyección, en escoger siempre en todas las cosas lo más vil y humillante, y en estar en disposición de ser humillados hasta el punto en que Jesucristo se humilló, en su encarnación, en su vida, en su pasión y en su muerte.

En su encarnación, «se anonadó a sí mismo, como ha-

2. «Hoc autem dico, non ut proximi. Opera nostra bona non videant... sed ut per hoc quod agimus, laudes exterius non quareamus». Homil. XI in Evang.

3. «Sic luceat lux vestra coram hominibus, ut videant opera vestra bona, et glorificent Patrem vestrum qui in coelis est». Math., V, 16.

bla San Pablo, tomando la naturaleza de siervo» (4); quiso nacer en un establo, se sujetó a las debilidades y necesidades de la infancia, y se redujo a mil otras humillaciones. En su pasión, Él mismo dice «que es un gusano y no un hombre; el oprobio de los hombres y el desecho de la plebe» (5); carga con la cólera y el juicio de su Padre, cuya severidad es tan grande que le hace sudar sangre, y en tal abundancia que queda con ella regada la tierra del Huerto de los Olivos. Como Él mismo lo asegura (6), se entrega al poder de las tinieblas, es decir, de los diablos, quienes, por medio de los judíos por ellos poseídos y de Pilato y Herodes conducidos por el infierno, le hacen sufrir todos los vilipendios del mundo. La sabiduría increada es tratada por los soldados y por Herodes como un maniquí. Es azotado y puesto en cruz como un esclavo y un ladrón. Dios, que debiera ser su recurso, le abandona y le mira como si Él sólo hubiera cometido todos los crímenes del mundo. Y en fin, para hablar el lenguaje de su Apóstol, «se ha hecho por nosotros objeto de maldición» (7), más aún ioh extraño y espantoso envilecimiento! ha sido hecho pecado por el poder y la justicia de Dios; porque mirad cómo habla San Pablo: «Dios le hizo pecado por nosotros» (8); es decir, que no sólo cargó con las confusiones y abatimientos que merecen los pecadores, sino también con todas las ignominias e infamias que son debidas al pecado mismo, constituyéndose en el estado más vil e ignominioso a que Dios puede reducir al mayor

4. «Exinanivit semetipsum formam servi accipiens». Philip., II, 7.

5. «Ego autem sum vermis, et non homo: opprobrium hominum et abiectionis plebis». Ps., XXI, 7.

6. «Haec est hora vestra et potestas tenebrarum». Luc. XXII, 53.

7. «Christus nos redemit de maledicto legis, factus pro nobis maledictum». Gal., III, 13.

8. «Deus eum pro nobis peccatum fecit». Dios por amor de nosotros ha tratado a Aquél que no conocía el pecado, como si hubiese sido el pecado mismo. II Cor., V, 21.

de sus enemigos. ¡Qué humillación para un Dios, para el Hijo único de Dios y soberano Señor del universo, verse reducido a semejante estado! ¡Oh Jesús, ¿es posible que améis tanto al hombre, que por su amor, hasta este punto os anonadéis? ¡Oh hombre! ¿cómo puede ser que todavía te envanezcas, viendo a tu Dios tan abatido por tu amor? ¡Oh Salvador mío, sea yo humillado y anonadado con Vos, entienda yo de una vez los sentimientos de vuestra profundísima humildad y esté dispuesto a soportar todas las confusiones y abatimientos que son debidas al pecador y al pecado mismo!

En esto consiste la perfecta humildad cristiana, en estar dispuesto no sólo a querer ser tratado como lo merece un pecador, sino a soportar, además, todas las ignominias y vilipendios debidas al pecado mismo, puesto que Jesucristo, nuestra cabeza, el Santo de los Santos, la misma santidad, los soportó y nosotros no merecemos otra cosa, no siendo de nosotros mismos más que pecado y maldición. Si estas verdades quedaran bien grabadas en nuestro espíritu, estimaríamos que tenemos sobrado motivo para exclamar y decir con frecuencia con Santa Gertrudis: «Señor, uno de los mayores milagros que hacéis en el mundo, es permitir que la tierra me sostenga».

CAPITULO V

Práctica de la humildad cristiana

Siendo la humildad cristiana tan importante y necesaria, como se ha dicho, debéis buscar toda clase de medios para fundaros bien en esta virtud.

A este fin, os ruego nuevamente que leáis y releáis con frecuencia y que consideréis y ponderéis con toda atención las verdades que acabo de proponeros, hablando de la humildad de espíritu y de la humildad de corazón, y las que, además, trato de proponeros aquí; que pidáis asimismo a Nuestro Señor que os las imprima en vuestro espíritu, y que lleve a vuestros corazones los efectos y sentimientos de tan necesaria virtud.

Porque no se trata sólo de que conozcáis de una manera general y superficial que sois nada, que no tenéis poder alguno para obrar el bien y evitar el mal, que «todo don perfecto viene de arriba, del Padre de las luces» (1), y que toda buena obra nos viene de Dios por su Hijo; es necesario, además, que os fundéis con toda solidez en un profundo conocimiento y vivo sentimiento de vuestra esclavitud bajo la ley del pecado, de vuestra inutilidad, incapacidad e indignidad para el servicio de Dios, de vuestra insuficiencia para todo bien, de vuestra nada, de vuestra extrema indigencia y de la apremiante necesidad que tenéis de Jesucristo y de su gracia.

Por esta razón, debéis invocar incesantemente a vuestro Libertador y recurrir, a cada instante, a su gracia, afianzándoos tan sólo en su virtud y bondad.

Permite Dios a veces que trabajemos largo tiempo por vencer alguna pasión y asegurarnos en alguna virtud, y que no avancemos mucho en lo que pretendemos, para que reconozcamos por propia experiencia lo que por nosotros mismos somos y podemos, y para ello nos obligue a buscar fuera de nosotros, en Nuestro Señor Jesucristo, el poder servir a Dios. Dios no quiso dar al mundo a su Hijo, sino después que el mundo lo deseó durante cuatro mil años, y experimentó, por espacio de dos mil, que no

1. «Omne datum optimum et omne donum perfectum desursum est, descendens a Patre luminum». Jac., I, 17.

podía observar su ley, ni librarse del pecado, y que sentía la necesidad de un espíritu y de una fuerza nueva para resistir el mal y practicar el bien; haciéndonos ver bien con esto, que para darnos su gracia, quiere que, antes, reconozcamos mucho nuestra miseria (2).

Siguiendo esta verdad, debéis cada día reconocer ante Dios vuestra miseria, tal como Dios la ve, y renunciar a Adán y a vosotros mismos, ya que no sólo él sino también vosotros habéis pecado, pactando con el diablo y con el pecado. Renunciad, pues, enteramente a vosotros mismos, a vuestro propio espíritu, a todo el poder y capacidad que podáis sentir dentro de vosotros. Porque todo el poder que Adán ha dejado en la naturaleza del hombre, no es más que impotencia; el sentimiento que de ello pudiéramos tener no es sino ilusión, presunción y falsa opinión de nosotros mismos; y jamás nosotros tendremos verdadero poder y libertad perfecta para el bien, si no es renunciando a nosotros mismos y saliendo de nosotros mismos y de todo lo que es nuestro, para vivir en el espíritu y en la virtud de Jesucristo.

Como consecuencia de esta renuncia, adorad a Jesucristo, entregáos enteramente a Él y rogadle que, puesto que con su sangre y por su muerte ha adquirido los derechos de los pecadores, tome en vosotros los de Adán, que son los vuestros, y que quiera vivir en vosotros en lugar de Adán, desposeyéndoo de vuestra naturaleza para apropiarse Él de cuanto sois y de todos vuestros actos. Protestad que queréis poner en sus manos todo lo que sois y que deseáis salir de vuestro propio espíritu, que es espíritu de orgullo y vanidad, y de todas vuestras intenciones, inclinaciones y disposiciones, para no vivir más que de su espíritu, con sus intenciones, inclinaciones y disposiciones divinas y adorables.

2. Cf. S. Thom., 3.^a; 1, 5.

Suplicadle que, por su grandísima misericordia, os saque de vosotros mismos como de un infierno, y ponga en El vuestro lugar, afirmándoos bien en el espíritu de humildad, y esto no por vuestro interés o satisfacción, sino por su agrado y para su gloria. Pedidle también que despliegue todo su divino poder para destruir en vosotros vuestro orgullo, y que no cuente con vuestra flaqueza para establecer en vosotros su gloria por medio de una perfecta humildad. Y acordándoos de que de vosotros mismos, en cuanto pecador sois un demonio encarnado, un Lucifer y un Anticristo, por razón del pecado, del orgullo y del amor propio que queda siempre en cada uno de nosotros, como arriba se dijo, ponéos con frecuencia, especialmente al comenzar el día, a los pies de Jesús y de María, diciendo así:

¡Oh Jesús, oh Madre de Jesús! sujetad bien a este miserable demonio debajo de vuestros pies, aplastad a esta serpiente, haced morir a este Anticristo con el aliento de vuestra boca, atad a este Lucifer, para que nada haga contra vuestra santa gloria.

No pretendo, sin embargo, que todos los días digáis delante de Dios estas cosas tal como aquí quedan expuestas, sino un día de una manera y otro de otra, según al Señor pluguiere dároslo a gustar.

Cuando concibáis deseos y resoluciones de ser humildes, formalizadlos, entregándoos al Hijo de Dios para poder cumplirlos, diciendo:

«Yo me entrego a Vos, oh Jesús, para hacerme con vuestro espíritu de humildad; quiero pasar con Vos todos los días de mi vida en esta santa virtud. Invoco sobre mí el poder de vuestro espíritu de humildad, a fin de que mi orgullo sea destruido y me mantenga yo con Vos en humildad. Os ofrezco las ocasiones de humildad que se me presenten en la vida; bendecidlas, si os place. Renuncio a

mí mismo y a cuantas cosas puedan estorbarme participar de la gracia de vuestra humildad».

Mas no confiéis en vuestras resoluciones, ni en esta súplica que acabáis de practicar; esperadlo solamente de la pura bondad de Nuestro Señor Jesucristo.

Lo mismo podéis practicar en todas las demás virtudes y santas intenciones que abrigáis para presentarlas a Dios. De esta manera, todas ellas irán fundadas, no en vosotros mismos, sino en Nuestro Señor Jesucristo y en la gracia y misericordia de Dios sobre vosotros.

Cuando presentemos a Dios nuestros deseos e intenciones de servirle, debemos hacerlo con la profunda convicción de que no lo podemos ni lo merecemos; que si Dios hiciese justicia, no nos permitiría ni pensar en ello, y que si Dios nos sufre en su presencia y nos permite esperar de Él la gracia de servirle, es por su inmensa bondad y por los méritos y la sangre de su Hijo.

Cuando faltamos a nuestros propósitos, no debemos admirarnos de ello; porque somos pecadores y Dios no nos debe su gracia. «Bien conozco, dice San Pablo, que nada de bueno hay en mí, quiero decir en mi carne. Pues aunque hallo en mí la voluntad para hacer el bien, no hallo cómo cumplirla» (3).

Por esto, debemos tender a la virtud con sumisión a Dios; debemos desear su gracia y pedírsela, pero admirarnos de que nos la conceda; cuando caemos, adorar su juicio sobre nosotros, sin desanimarnos, antes humillándonos y perseverando siempre en entregarnos a Él, porque nos aguanta en su presencia y nos concede el pensamiento de quererle servir. Y, aún cuando después de mucho trabajo, Dios no nos concediera sino un solo pensamiento

3. «Scio enim quia non habitat in me, hoc est in carne mea, bonum. Nam velle, adjacet mihi: perficere autem bonum, non invenio». Rom., VII, 18.

bueno, deberíamos reconocer que ni aún eso lo merecemos, y estimarlo en tanto que con ello nos diéramos por bien recompensados por todo nuestro sentimiento. ¡Ay, si los condenados, después de mil años de infierno, pudieran tener un solo pensamiento de Dios de buena gana lo tuvieran!

El diablo rabia porque jamás lo tendrá; mira él el bien como cosa excelente que su orgullo desea, pero se ve privado de él porque lleva consigo la maldición. Nosotros somos pecadores como los condenados y no hay otra cosa que de ello nos separe sino la misericordia que Dios nos tuvo, la cual nos obliga a estimar sus dones y a darnos por contentos con los que Dios nos dé; porque, por pequeños que ellos sean, siempre son más de lo que merecemos. Penetremos con todo cuidado y hasta lo más íntimo en este espíritu de humilde reconocimiento de nuestra indignidad, que por este medio nos haremos con mil bendiciones de Dios para nuestras almas, y Él será muy glorificado en nosotros.

Cuando Dios os conceda algún favor para vosotros o para el prójimo, no lo atribuyáis a la virtud de vuestras plegarias, sino a su pura misericordia.

Si, en las obras buenas que Dios os concede la gracia de practicar, sentís cierta vana complacencia o algún espíritu de vanidad, humillaos delante de Dios, acordándoos de que todo bien viene de sólo Dios y que de vosotros no puede salir sino toda clase de males; y que tenéis muchos más motivos para temer y humillaros, en vista de las muchas faltas e imperfecciones con que practicáis vuestras obras, que no para ensoberbeceros y encumbraros ante el poco bien que obráis, que ni siquiera es vuestro.

Si se os desprecia y vitupera, tomadlo como cosa que bien os pertenece y en honor de los desprecios y calumnias del Hijo de Dios. Si se os confiere algún honor, o si

se os tributan alabanzas y bendiciones, referídselo a Dios, guardándoos mucho de apropiároslo o descansar en ello, temiendo no sea ésta la recompensa de vuestras buenas acciones y que caiga sobre vosotros el efecto de estas palabras del Hijo de Dios: «¡Ay de vosotros cuando los hombres mundanos os aplaudieren! que así lo hacían sus padres con los falsos profetas» (4). Palabras que nos enseñan a mirar y a temer las alabanzas y bendiciones del mundo, no sólo como cosa que no es más que viento, humo e ilusión, sino además como verdadera desgracia y maldición.

Ejercitáos de buena gana en acciones bajas y humildes y que os proporcionan alguna abyección, a fin de mortificar vuestro orgullo; mas cuidad de hacerlas con espíritu de humildad y con los sentimientos y disposiciones interiores que pide la acción que realizáis.

En suma, grabad bien en vuestra alma estas palabras del Espíritu Santo, y llevadlas a la práctica con todo cuidado y diligencia: «Cuando fueres más grande, tanto más debes humillarte en todas las cosas, y hallarás gracia en el acatamiento de Dios; porque Dios es Él solo grande en poder, y Él es honrado de los humildes» (5).

4. «Vae cum benedixerint vobis homines: secundum haec enim faciebant pseudoprophetae patres eorum». Luc., VI, 26.

5. «Quanto magnus es, humilia te in omnibus, et coram Deo invenies gratiam: quoniam magna potentia Dei solius, et ab humilibus honorator». Eccli. III, 20.

CAPITULO VI

De la confianza y abandono en las manos de Dios

La humildad es la madre de la confianza; porque viéndonos desprovistos de todo bien, de toda virtud, de todo poder y capacidad para servir a Dios, y dándonos cuenta de que somos un verdadero infierno lleno de toda suerte de males, nos vemos obligados a no apoyarnos en nosotros mismos ni en cuanto tenemos de nosotros, antes de salir de nosotros como quien sale de un infierno para entrar dentro de Jesús como en nuestro paraíso donde encontremos con toda abundancia lo que nos falta en nosotros, apoyándonos y confiando en Él como en quien el Padre Eterno nos ha dado para ser nuestra redención, nuestra justicia, nuestra virtud, nuestra fuerza, nuestra vida y nuestro todo. A todo esto Jesús nos conduce. cuando con tanto amor como eficacia nos convida a ir a Él con confianza, diciéndonos: «Venid a mí todos los que andáis agobiados con trabajos y cargas, que yo os aliviaré» (1), y asegurándonos «que no desechará a todos los que vinieren a Él» (2).

Y, a fin de obligarnos a entrar en esta confianza, nos dice en diversos lugares de sus santas Escrituras: «Maldito sea el hombre que confía en otro hombre, y no en Dios, y se apoya en un brazo de carne miserable, y aparta del Señor su corazón; al contrario, bienaventurado el varón que tiene puesta en el Señor su confianza, y cuya esperanza es

1. «Venite ad me omnes qui laboratis et onerati estis, et ego reficiam vos». Math., XI, 28.

2. «Eum qui venit ad me, non ejiciam foras». Joan., VI, 37.

el Señor» (3). «El Señor me pastorea, nada me faltará. Él me ha colocado en lugar de pastos» (4). «He aquí los ojos del Señor puestos en los que le temen, y en los que confían en su misericordia» (5). «Bueno es el Señor para los que esperan en Él» (6). «Al que tiene puesta en el Señor su esperanza, la misericordia le servirá de muralla» (7). «El Señor estará a tu lado, y guiará tus pasos a fin de que no seas presa de los impíos» (8). «Dios es mi defensa, en Él esperaré; es mi escudo y el apoyo de mi salvación; escudo es de todos los que en Él esperan» (9). «Es el protector de cuantos ponen en Él su esperanza» (10). «Tú los esconderás donde está escondido tu rostro; preservándolos de los alborotos de los hombres. Pondráslo en tu tabernáculo, a cubierto de las lenguas maldicientes» (11). «Ya que ha esperado en mí yo le libraré: yo le protegeré, pues ha conocido, o adorado, mi nombre» (12). «¡Oh cuán grande es, Señor, la abundancia de la dulzura que tienes reservada para los que te temen! Tú la has comuni-

3. «Maledictus homo qui confidit in homine, et ponit carnem brachium suum, et a Domino recedit cor ejus... Benedictus vir qui confidit in Domino, et erit Dominus fiducia ejus». (Jer., XVII, 5-7.

4. «Dominus regit me et nihil mihi deerit: in loco pascuae ibi me collocavit». Ps., XXII, 1-2.

5. «Ecce oculi Domini super metuentes eum: et in eis qui sperant super misericordia ejus». Ps., 32-18.

6. «Bonus est Dominus sperantibus in eum». Thre., III, 25.

7. «Sperantem in Domino misericordia circundabit». Ps., XXXI, 10.

8. «Dominus enim erit in latere tuo et custodiet pedem tuum ne capiaris». Pro., 3-26.

9. «Deus fortis meus sperabo in eum: scutum meum, et cornu salutis meae: elevator meus, et refugium meum... Scutum est omnium sperantium in se». II Reg., XXII, 3, 31.

10. «Protector est omnium sperantium in se». Ps., XVII, 31.

11. «Abscondes eos in abscondito faciei tuae a conturbatione hominum; proteges eos in tabernaculo tuo a contradictione linguarum». Ps., XXX, 21.

12. «Quoniam in me speravit, liberabo eum: protegam eum, quoniam cognovit nomen meum». Ps., XV, 14-15.

cado abundantemente, a vista de los hijos de los hombres, a aquéllos que tienen puesta en ti su esperanza» (13). «Alégrese todos aquellos que ponen en ti su esperanza: se regocijarán eternamente, y tú morarás en ellos» (14). «Venga, oh Señor, tu misericordia sobre nosotros, conforme esperamos en ti» (15). «Los que confían en Él, entenderán la verdad» (16). «No perecerán los que en Él esperan» (17). «Quien tiene tal esperanza en Él, se santificará a sí mismo, así como Él es también santo» (18). «Ninguno que confió en el Señor, quedó burlado» (19). «Todo cuanto pidiéreis en la oración, como tengáis fe, lo alcanzaréis» (20). «Si tú puedes creer, todo es posible para el que cree» (21).

Si tratara de traer aquí todos los demás textos de la divina Palabra, en los que Dios nos recomienda la virtud de la confianza, ardua y prolija sería la tarea. Parece no poder satisfacerse Dios nunca de testimoniarnos, en mil lugares de la Escritura Santa, cuán querida y grata le es esta santa virtud, y cuánto ama y favorece a los que se confían y abandonan por completo al paternal cuidado de su divina providencia.

Leemos en el libro tercero de las «Insinuaciones de la

13. «Quan magna multitudo dulcedinis tuae, Domine, quam abscondisti timentibus te». Ps., XXX, 20.

14. «Qui sperant in te, in aeternum exultabunt, et habitabis in eis». Ps., V, 12.

15. «Fiat misericordia tua, Domine, super nos, quemadmodum speravimus in te». XXXII, 22.

16. «Qui confidunt in illo, intelligent veritatem». Sap., III, 9.

17. «Et non delinquent omnes qui sperant in eo». Ps., XXXIII, 23.

18. «Et omnis qui habet hanc spem in eo, sanctificat se, sicut et ille sanctus est». I Joan, III, 3.

19. «Nullus speravit in Domino et confusus est». Eccli., 2, II.

20. «Et omnia quaecunque petieritis in oratione credentes, accipietis». Math., XXI, 22.

21. «Si potes credere, omnia possibilia sunt credenti». Mar., IX, 22.

divina piedad», de Santa Gertrudis, que Nuestro Señor Jesucristo dijo un día a esta gran santa, que la confianza filial es el ojo de la esposa, del que habla el Esposo divino en el «Cantar de los Cantares»: «Heriste mi corazón, oh hermana mía, Esposa amada, heriste mi corazón con uno de tus ojos, es decir, con una sola mirada tuya» (22). Dice a este propósito Santa Gertrudis: «Aquél me traspasa el corazón con una flecha de amor, dice Jesús, que tiene en mí segura confianza; a quien puedo, sé y quiero asistirle fielmente en todo; confianza que hace tal violencia en mi piedad que de ninguna manera puedo ausentarme de ella» (23).

Y, en el «Libro de la Gracia Especial», de Santa Matilde, encontramos que el mismo Jesús le habló de esta manera: «Me agrada sobremanera que los hombres confíen en mi bondad y se apoyen en mí. Porque a quien mucho confía en mí lleno de humildad, en esta vida le favoreceré y en la otra le premiaré más de lo que merece. Cuanto más uno se fie de mí y se valga de mi bondad, tanto más conseguirá; porque es imposible que el hombre no perciba todo aquello que cree y espera. Es, por lo tanto, sumamente útil al hombre confiar en mí, en espera de grandes cosas». Y a la misma Santa Matilde, que preguntó a Dios qué debería creer principalmente de su inefable bondad, le respondió: «Debes creer con segura esperanza que después de la muerte te recibiré como un padre a su hijo amadísimo, y que jamás padre alguno con más afecto y fidelidad ha distribuido sus bienes a su único hijo, como yo te entregaré a mí mismo y todos mis bienes»

22. «Vulneratis cor meum soror mea sponsa, vulnerasti cor meum in uno oculatorum tuorum». IV, 9.

23. «Legatus divina e pietatis». L. 3 c 7.

CAPITULO VII

Más sobre la confianza

Nuestro dulcísimo y amabilísimo Salvador, a fin de afianzarnos más en esta sagrada confianza, toma, en orden a nosotros, los nombres y cualidades más dulces y amorosas que pueden darse. Se llama, y es en efecto, nuestro amigo, nuestro abogado, nuestro médico, nuestro pastor, nuestro hermano, nuestra alma, nuestro espíritu y el Esposo de nuestras almas; y nos llama sus ovejas, sus hermanos, sus hijos, su porción, su herencia, su alma, su corazón y a nuestras almas sus esposas.

Nos asegura, en diversos lugares de sus Santas Escrituras, que tiene de nosotros continuo cuidado y vigilancia (1); que Él mismo nos lleva y nos llevará siempre en su corazón y en sus entrañas; y no se contenta con decirnos una o dos veces que así nos lleva, sino que lo dice y repite hasta cinco veces en un mismo lugar (2); nos dice, en otra parte: que aunque hubiera madre que se olvidara del hijo que llevó en su seno, Él, no obstante, jamás se olvidará de nosotros, que nos lleva grabados en sus manos para poder

1. «Cui (Deo) cura est de omnibus». Sap., XII, 13.— «Ipsi (Deo) cura est de vobis». I Pet., V, 7.

2. «Audite me, domus Jacob, qui portamini a meo utero, qui gestamini a mea vulva. Usque ad senectam ego ipse, et usque ad canos ego portabo: ego feci et ego feram: ego portabo et salvabo». Isai., XXVI, 3-4.

tenernos siempre delante de sus ojos (3); que quien nos toca a nosotros, toca en las niñas de sus ojos (4); que no andemos acongojados por el alimento y el vestido, que bien sabe Él la necesidad que de esas cosas tenemos (5); que hasta los cabellos de nuestra cabeza están todos contados y que ni uno de ellos se perderá (6); que como Él ama a su Padre, su Padre nos ama, y que Él nos ama, como su Padre a Él le ama (7); que donde Él está, quiere que nosotros estemos, es decir, que descansemos con Él en el seno y en el corazón de su Padre (8); que quiere sentarnos con Él en su trono (9); y, en una palabra, que todos seamos una misma cosa hasta ser consumados en la unidad con Él y con su Padre (10).

Si le hemos ofendido, nos promete que volviendo a Él con humildad, arrepentimiento, confianza en su bondad y resolución de apartarnos del pecado, nos recibirá, nos abrazará, olvidará todos nuestros pecados y nos revestirá de la vestidura de su gracia y de su amor, de la que habíamos sido despojados por culpa nuestra.

Por consiguiente, ¿quién no tendrá confianza y no se

3. «Numquid oblivisci potest mulier infantem suum, ut non misereatur filio uteri sui, et si illa oblita fuerit, ego tamen non obliviscar tui. Ecce in manibus meis descripsi te». Is., XLIX, 15-17.

4. «Qui enim estigerit vos, tangit pupillam oculi mei». Zach., 2-8.

5. «Nolite ergo solliciti essem dicentes: quid manducabimus, aut quid bibemus, aut quo operiemur Scit enim Pater vester, quia his omnibus indigitis». Math., VI, 31-33.

6. «Vestri autem capilli capitis omnes numerat sunt», Marth., X, 30. «Et capillus de capite vestro non peribit». Luc., XXI, 18.

7. «Pater juste... dilectio qua dilexisti me, in ipsis sit». Joan, XVII, 26. «Sicut dilexit me pater et ego dilexi vos». Joan, XV, 9.

8. «Pater, quos dedisti mihi, volo ut ubi sum ego et illi sint mecum». Joan, XVII, 24.

9. «Qui vicerit, dabo ei sedere mecum in throno meo». Apoc., III, 21.

10. «Ut omnes unum sint, sicut tu pater in me et ego in te, ut et ipsi in nobis unum sint... sint unum sicut et nos unum sumus. Ego in eis, et tu in me; ut sint consummati in unum». Joan, XVII, 21-23.

abandonará enteramente al cuidado y dirección de un amigo, de un hermano, de un padre, de un esposo que cuenta con una sabiduría infinita para conocer lo que nos es más ventajoso, para prever todo lo que pueda acontcernos, y para escoger los medios más conducentes a nuestra verdadera felicidad; así como con bondad extrema para proporcionarnos toda clase de bienes, junto con un inmenso poder para desviar el mal que nos puede llegar y hacernos el bien que Él quiere procurarnos?

Y, para que no penséis que sus palabras y sus promesas quedan sin efecto, ved algo de lo que Él hizo y sufrió por vosotros, en su encarnación, en su vida, en su pasión y en su muerte; y lo que todos los días sigue haciendo en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía; cómo, por vuestro amor bajó del cielo a la tierra; cómo se humilló y anonadó hasta querer ser niño, nacer en un establo, sujetarse a todas las miserias y necesidades de una vida humana, pasible y mortal; cómo empleó por vosotros todo su tiempo, todos sus pensamientos, palabras y obras; cómo entregó su santísimo cuerpo a Pilato, a los verdugos y a la cruz; cómo dio su vida y derramó hasta la última gota de su sangre; cómo os entrega, y con tanta frecuencia, en la sagrada Eucaristía, su cuerpo, su sangre, su alma, su divinidad, todos sus tesoros, todo lo que Él es y cuanto de más caro y precioso Él posee. ¡Oh bondad, oh amor, oh buenísimo y amabilísimo Jesús! «Confíen en ti, los que conocen y adoran tu dulcísimo y santísimo nombre» (11), que no es sino amor y bondad, porque vos sois todo amor, todo bondad y todo misericordia. Mas, no me extraña que haya pocos que confíen totalmente en vos, porque son pocos los que se dedican a conocer y ponderar los efectos de vuestra infinita bondad. ¡Oh Salvador mío, hay que confesar que somos unos miserables, si no

11. «Et sperent in te qui noverunt nomen tuum», Ps., IX, 11.

confiamos en vuestra bondad, después de habernos hecho conocer tantos testimonios de vuestro amor. Porque, si tanto habéis hecho y sufrido y cosas tan grandes nos habéis dado, a pesar de nuestra desconfianza, ¿qué haríais y qué nos daríais, si fuésemos a Vos con humildad y confianza?

Entremos, pues, en grandes deseos de afianzarnos bien en esta divina virtud; nada temamos, antes cobremos mucho ánimo para formar grandes proyectos de servir y amar perfecta y santamente a nuestro adorabilísimo y amadísimo Jesús, y para emprender grandes cosas por su divina gloria, conforme al poder y la gracia que de Él nos vendrá. Porque, si bien es verdad que nada podemos de nosotros mismos, todo lo podemos en Él y nunca nos faltará su ayuda si confiamos en su bondad.

Pongamos en sus manos y abandonemos totalmente a los paternos cuidados de su divina Providencia todo lo concerniente al cuerpo, al alma, a las cosas temporales y espirituales, a nuestra salud, a nuestra reputación, a nuestros bienes y negocios, a las personas que nos guían, a nuestros pecados pasados, al adelantamiento de nuestras almas en los caminos de la virtud y de su amor, lo tocante a nuestra vida, a nuestra muerte, a nuestra misma salvación y a nuestra eternidad, y en general, todas las cosas, confiando en su pura bondad que Él tendrá cuidado particular de todo, y dispondrá de todas las cosas de la mejor manera posible.

Guardémonos bien de confiar, ni en el poder o favor de nuestros amigos, ni en nuestros bienes, ni en nuestro espíritu, ni en nuestra ciencia, ni en nuestras fuerzas, ni en nuestros buenos deseos y resoluciones, ni en nuestras oraciones, ni aun en la confianza que sentimos tener en Dios, ni en medios humanos o en cosa alguna creada, sino en la sola misericordia de Dios. No es que no hayamos de poner en juego todas estas cosas dichas, y aportar

de nuestra parte todo cuanto podamos para vencer los vicios, para ejercitarnos en la virtud y para proseguir y perfeccionar los asuntos que Dios ha puesto en nuestras manos y cumplir las obligaciones propias de nuestra condición y estado; mas debemos renunciar a todo apoyo y a toda confianza que pudiéramos tener en esas cosas, y descansar sólo en la pura bondad de Nuestro Señor. De suerte que, de nuestra parte, debemos poner tanto cuidado y trabajar de tal manera, como si nada esperáramos de parte de Dios; y, por el contrario, de tal manera desconfiar de nuestro cuidado y trabajo, como si nada en absoluto hiciéramos; esperándolo todo de la pura misericordia de Dios.

A esto nos exhorta el Espíritu Santo cuando dice por boca del Profeta Rey: expón al Señor tu situación, y confía en Él; y Él obrará» (12). Y en otro lugar: «Arroja en el seno del Señor tus ansiedades, y Él te sustentará» (13). Y hablando por el Príncipe de los apóstoles nos advierte: «que descarguemos en su amoroso seno todas nuestras solicitudes, pues Él tiene cuidado de nosotros» (14); que es lo que N. Señor dijo a Santa Catalina de Sena. «Hija mía, olvídate de ti y piensa en mí, y yo pensaré continuamente en ti».

Tomad esta enseñanza para vosotros. Poned vuestro cuidado principal en evitar todo lo que desagrada a N. Señor, en servirle y amarle con perfección, y Él lo convertirá todo, hasta vuestras faltas, en provecho vuestro.

Acostumbraos a hacer frecuentes actos de confianza en Dios, pero, particularmente, cuando os veáis acometi-

12. «Revela Domino viam tuam, et spera in eo, et ipse faciet». Ps. XXXVI, 5.

13. «Jacta super Dominum curam tuam, et ipse te enutriet». Ps. LIV, 23.

14. «Omnem sollicitudinem vestram projicientes in eum, quoniam ipsi cura este de vobis». 1 Pet. V, 7.

dos de pensamientos o sentimientos de temor y desconfianza, sea por vuestros pecados pasados, sea por cualquier otro motivo. Elevad prontamente vuestro corazón a Jesús y decidle con el Real Profeta: «En ti, oh Dios mío, tengo puesta mi confianza: no quedaré avergonzado». «Ni se burlarán de mí mis enemigos; porque ninguno que espere en ti quedará confundido». «Oh Señor, en Ti tengo puesta mi esperanza: no quede yo para siempre confundido». «Tú eres el Dios mío en quien esperaré». «El Señor es mi sostén, no temo nada de cuanto puede hacerme el hombre». «El Señor está de mi parte; yo despreciaré a mis enemigos». «Mejor es confiar en el Señor, que confiar en el hombre». «Aunque caminase yo por medio de la sombra de la muerte, no temeré ningún desastre; porque tú estás conmigo» (15). Y, con el profeta Isaías: «He aquí que Dios es el Salvador mío: viviré lleno de confianza, y no temeré (16).

Otras veces con el Santo Job: «Aún dado que el Señor me quitara la vida, en Él esperaré» (17).

Y, con aquel pobrecito del evangelio: «Oh Señor, yo creo; ayuda tú mi incredulidad: fortalece mi confianza» (18).

15. «Deus meus in te confido, non erubescan» (PS., XXIV, 2. «neque irideant me inimici mei, etenim universi qui sustinent te, non confundentur». PS., XXIV, 3. – «In te, Domini, speravi, non confundar in aeternum». Ps., XXX, 2. – «Deus meus, sperabo in euym». «Dominus mihi adjutor non timebo quid faciat mihi homo». Ps., CXVII, 6. – «Dominus mihi adjutor, et ego despiciam inimicos meos». Ps., CXVII, 7. – «Bonum est confidere in Domino quam confidere in homine». Ps., CXVII, 8. – «Et si ambulavero in medio umbrae mortis, non timebo mala, quoniam tu mecum es». Ps., XXII, 4.

16. «Ecce Deus salvator meus, fiducialiter agam et non timebo». Is., XII, 2.

17. «Etiam si occiderit me, in ipso sperabo». Job. XIII, 15.

18. «Credo, Domine, adjuva incredulitatem meam». Mar., IX, 23.

O también con los santos Apóstoles: «Señor, auméntanos la fe» (19).

O bien, decid así: ¡Oh buen Jesús, en vos sólo he puesto toda mi confianza! ¡Oh fortaleza mía y mi único refugio, haced de mí lo que os plazca, que me entrego y abandono enteramente a vos! ¡Oh mi dulce amor y mi amada esperanza, pongo en vuestras manos y os sacrifico mi ser, mi vida, mi alma, y todo lo que me pertenece, a fin de que dispongáis de ello, en el tiempo y en la eternidad, como más os agrade para vuestra gloria!

En fin, la confianza es un don de Dios que sigue a la humildad y al amor; por lo que debéis pedírsela a Dios y Él os la concederá. Esforzaos por practicar todas vuestras acciones con espíritu de humildad y puramente por amor de Dios, y pronto gustaréis la dulzura y la paz que acompañan a la virtud de la confianza.

CAPITULO VIII

De la sumisión y obediencia cristiana

La sumisión continua que hemos de tener a la voluntad santa de Dios es la virtud más universal y cuyo ejercicio debe sernos más frecuente y ordinario; porque a cada paso se nos presentan ocasiones de renunciar a nuestra propia voluntad, para someternos a la de Dios, la que siempre se conoce con suma facilidad.

Ha querido Dios que las cosas que nos son sumamen-

19. «Domine, adauge nobis fidem». Luc., XVII, 5.

te necesarias las podamos facilísimamente encontrar. Por ejemplo: el sol, el aire, el agua y demás elementos son absolutamente necesarios para la vida natural del hombre; por eso los vemos que son para todos y que están al alcance de todo el mundo. De igual manera, puestos por Dios en este mundo únicamente para hacer su voluntad, y mediante esto, salvarnos, es de todo punto necesario que podamos conocer fácilmente la voluntad de Dios en todas las cosas que hemos de hacer. Por eso Él nos la ha puesto tan fácil de ser conocida, manifestándonosla por cinco medios principales, muy seguros y evidentes: 1) Por sus mandamientos. 2) Por sus consejos. 3) Por las leyes, reglas y obligaciones de cada estado. 4) Por las personas que tienen autoridad para dirigirnos. 5) Por los acontecimientos; puesto que cuantas cosas acontecen en la vida llevan la señal inconfundible de que Dios así lo quiere, o con voluntad absoluta o con voluntad de permisión. De suerte que, a poco que abramos los ojos de la fe, nos será muy fácil a cada instante y en toda ocasión, conocer la santísima voluntad de Dios, conocimiento que nos conducirá a amarla y a someternos a ella.

Y, a fin de asegurarnos bien en esta sumisión, es necesario grabar indeleblemente en nuestras almas cuatro verdades que nos enseña la fe:

1. Que la misma fe que nos enseña que no hay más que un solo Dios que ha creado todas las cosas, nos obliga a creer que este gran Dios las ordena y gobierna a todas sin excepción, sea con voluntad absoluta, sea con voluntad de permisión; que nada se hace en el mundo que no vaya sujeto al orden de su divina dirección y no pase por las manos de su voluntad absoluta o por las de su permisión, que son como dos brazos de su Providencia, con los que todas las cosas gobierna (1).

1. «Tua, Pater, providentia gubernat». Sap., XIV, 3.

2. Que Dios nada quiere ni permite sino para su mayor gloria; y que, de hecho, saca Él su mayor gloria de todas las cosas. Es cosa muy evidente que, siendo Dios el creador y gobernador del mundo, habiendo hecho todas las cosas para sí mismo, teniendo por su gloria un celo infinito, y siendo infinitamente sabio y poderoso para saber y poder encaminar todas las cosas a este fin, no quiera ni permita que nada de cuanto ocurre en el mundo tenga otro fin que su mayor gloria; así como el bien de los que le aman y se someten a sus divinas oraciones, porque nos dice su Apóstol que «todas las cosas contribuyen al bien de los que aman a Dios» (2). De suerte, que si quisiéramos amar a Dios y, en toda ocasión, adorar su santísima voluntad, todas las cosas redundarían en nuestro mayor bien; que esto se haga sólo depende de nosotros.

3. Que la voluntad de Dios, absoluta o de permisión, es infinitamente santa, justa, adorable y amable y que, igualmente, merece ser infinitamente adorada, amada y glorificada en todas las cosas, cualesquiera que ellas sean.

4. Que Nuestro Señor Jesucristo, desde el primer momento de su vida y de su entrada en el mundo, hizo profesión de no hacer jamás su voluntad sino la de su Padre, según el testimonio auténtico de San Pablo, escribiendo a los Hebreos: «Jesús, entrando en el mundo, dice a su Eterno Padre: héme aquí que vengo; según está escrito de mí al principio del libro, o escritura sagrada, para cumplir, oh Dios, tu voluntad» (3); y conforme a lo que Él mismo dice después: «He descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad de Aquél que me ha

2. «Diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum». Rom., VIII, 28.

3. «Ideo ingrediens mundum dicit: Hostiam et oblationem noluisti; corpus; autem aptasti mihi. Tunc dixi: Ecce venio; in capite libri scriptum est de me: ut faciam, Deus, voluntatem tuam». Heb., X, 5-7.

enviado» (4). Y jamás la hizo; antes por santa, défica y adorable que fuese su voluntad, la abandonó y, en cierto sentido, la anonadó, para seguir la de su Padre, diciéndole incesantemente y en todas las cosas, lo que le dijo la víspera de su muerte, en el Huerto de los Olivos: «Padre, no se haga mi voluntad sino la tuya» (5).

Si meditamos bien estas verdades, encontraremos una gran facilidad para someternos en todas las cosas a la adorabilísima voluntad de Dios. Porque, si consideramos que Dios ordena y dispone todo lo que acontece en el mundo; que todas las cosas las dispone para su gloria y para nuestro mayor bien, y que su disposición es justísima y amabilísima, no atribuiremos nosotros las cosas que pasan, ni a la suerte o al azar, ni a la malicia del diablo o de los hombres, sino a la ordenación de Dios que amaremos y abrazaremos con todo afecto, sabiendo, con toda seguridad, que siendo santísima y amabilísima nada ordena o permite que no sea para nuestro mayor bien y para la mayor gloria de nuestro buen Dios, la que debemos amar por encima de todas las cosas, puesto que no estamos en este mundo sino para amar y procurar la gloria de Dios.

Y, si consideramos con la debida atención que Jesús, nuestra cabeza, ha abandonado y como aniquilado una voluntad tan santa y divina como la suya, para seguir la rigurosísima y muy severa voluntad de su Padre, el cual quiso que su Hijo sufriera cosas tan extrañas, y que muriera con muerte tan cruel y vergonzosa, y ello por sus enemigos; ¿nos afligiremos por abandonar una voluntad como la nuestra toda depravada y corrompida por el pe-

4. «Descendi de coelo, non ut faciam voluntatem meam, sed voluntatem ejus qui misit me». Joan, VI, 38.

5. «Pater, non mea voluntas, sed tua fiat». Luc. XXII, 42.

cado, para hacer vivir y reinar, en su lugar, a la santísima, dulcísima y amabilísima voluntad de Dios?

En esto consiste la sumisión y obediencia cristiana, a saber: en continuar la sumisión y obediencia perfectísima que Jesucristo prestó, no sólo a las voluntades que su Padre por Él mismo le declaró, sino también a las que le fueron manifestadas por su santa Madre, por San José, por el ángel que le condujo a Egipto, por los judíos, por Herodes, por Pilato. Porque no sólo se sometió a su Padre, sino se sujetó a todas las criaturas por la gloria de su Padre y por nuestro amor.

CAPITULO IX

Práctica de la sumisión y obediencia cristiana

A fin de llevar a la práctica las verdades expuestas, adorad en Jesús esta divina y adorable sumisión que tan perfectamente practicó. Destruid con frecuencia a sus pies todas vuestras voluntades, deseos e inclinaciones, protestando que no queréis otras que las suyas, y rogándole que las haga reinar perfectamente en vosotros.

Vivid con una continua resolución de morir y de sufrir toda clase de tormentos, antes que contravenir al menor de los mandamientos de Dios; y, con una disposición general de seguir estos consejos, conforme a la luz y a la gracia que Dios os dará, según vuestra condición y las normas de vuestro director.

Mirad y honrad a las personas que tienen autoridad y superioridad sobre vosotros, como seres que ocupan en la tierra el lugar de Jesucristo; y seguid su voluntad como

voluntad de Jesucristo, siempre que no sea manifiestamente contraria a lo que Dios manda y prohíbe.

El príncipe de los apóstoles, San Pedro, va más allá; nos exhorta a someternos a toda humana criatura, por amor de Dios: «Estad sumisos a toda humana criatura; y esto por respeto a Dios» (1). Y San Pablo quiere que nos estimemos como superiores los unos de los otros: «Cada uno por su humildad mire como superiores a los otros» (2). Según estas divinas enseñanzas de estos dos grandes apóstoles, debemos mirar y honrar a toda clase de personas como a superiores y estar dispuestos a renunciar a nuestro propio juicio y voluntad, para someternos al juicio y voluntad de los demás. Porque, en calidad de cristianos, que deben vivir con los sentimientos y disposiciones de Jesucristo, debemos profesar con el mismo Jesucristo, no hacer jamás nuestra propia voluntad, sino obedecer a toda voluntad de Dios, en los diversos acontecimientos que se presenten, debemos hacer la voluntad de quienquiera que sea, mirando a todos los hombres como a superiores, sometiéndonos a su voluntad en lo que nos es posible y no es contrario a Dios ni a las obligaciones de nuestro estado, prefiriendo, sin embargo, siempre a aquéllos que tienen más autoridad y mayor derecho sobre nosotros.

Adorad, bendecid y amad en todas las cosas la voluntad de Dios, diciendo con el mismo espíritu, con el mismo amor, sumisión y humildad con que Jesús lo decía: «Sí, Padre mío, alabado seas por haber sido de tu agrado que así fuese (3).

Viva Jesús, alabada sea la santísima voluntad de mi

1. «Subjecti estote omni humanae creaturae, propter Deum». 1 Pet., 2-13.

2. «Superiores sibi invicem arbitrantes». Philipp, 2-3.

3. Ita, Pater, quoniam sic fuit placitum ante te». Matth., 11, 26.

Jesús, sea la mía destruida y aniquilada por siempre ja más, y que la suya se cumpla y reine eternamente, en la tierra y en el cielo.

CAPITULO X

La perfección de la sumisión y obediencia cristiana

Jesucristo Nuestro Señor no solamente ha hecho siempre la voluntad de su Padre y se ha sometido en todas las cosas a Él, por su amor, sino que además, en esto ha puesto todo su gozo, su felicidad y su paraíso: «Mi comida es, dice Él, hacer la voluntad del que me ha enviado» (1), es decir: nada estimo más deseable ni más precioso que hacer la voluntad de mi Padre. Porque, efectivamente, en todas las cosas que Él hacía, hacíalas con infinito agrado, porque esa era la voluntad de su Padre. Cifra su gozo y felicidad según el espíritu, en los sufrimientos que soportaba, porque eran del agrado de su Padre. Por esta razón, el Espíritu Santo, hablando del día de su pasión y de su muerte, le llama «el día de la alegría de su corazón» (2). Igualmente, en todas las cosas que veía acontecer o deber acontecer en el mundo, encontraba paz y satisfacción de espíritu, porque no veía en todas ellas sino la voluntad amabilísima de su Padre.

También nosotros, que como cristianos debemos estar revestidos de los sentimientos y disposiciones de nuestra

1. «Meus cibus est, ut faciam voluntatem ejus qui misit me». Joan., IV, 34.

2. «... in die laetitiae cordis ejus». Cant., III, 11.

cabeza, debemos, no solamente someternos a Dios en todas las cosas por amor de Dios, sino poner en ello todo nuestro contento, nuestra felicidad y nuestro paraíso. En esto consiste la suma perfección de la sumisión cristiana. Esto es lo que todos los días pedimos a Dios: «Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo» (3). Ahora bien, en el cielo los santos, hasta tal punto ponen su felicidad y su paraíso en el cumplimiento de la voluntad de Dios, que, muchos de ellos, ven a sus padres y madres, a sus hermanos y hermanas, a sus mujeres o hijos en el infierno y se regocijan de los efectos que la justicia de Dios obra en ellos, porque, siendo los Santos una cosa con Dios, tienen con Él un solo sentimiento y una sola voluntad. Dios quiere desplegar su justicia sobre estos miserables que lo tienen bien merecido, y gózase infinitamente en los efectos de su justicia lo mismo que en los de su misericordia. Por esto los Santos ponen también en ello su gozo y su contento. «Alegrarse ha el justo al ver la venganza; y lavará sus manos en la sangre de los pecadores» (4). De semejante manera, debemos poner nosotros nuestro gozo en los efectos de la divina voluntad, puesto que hemos de procurar que se cumpla la voluntad de Dios en la tierra como se cumple en el cielo.

Dos razones nos obligan a ello:

1. Siendo nosotros creados exclusivamente para glorificar a Dios, esto es, siendo la gloria de Dios nuestro último fin, síguese que hemos de poner nuestra felicidad en la gloria de Dios, y consiguientemente, en todos los efectos de su divina voluntad, puesto que todos ellos son para su mayor gloria.

2. Habiéndonos declarado Jesucristo que quiere que

3. «Fiat voluntas tua, sicut in coelo in terra».

4. «Laeta bitur justus cum viderit vindictam; manus suas lavabit in sanguine peccatoris». Ps. LVII, 11.

seamos una misma cosa con Él y con su Padre, dedúcese que no debemos tener con Él sino un mismo espíritu y sentimiento, como se ha dicho de los que están en el cielo, y, por consiguiente, que hemos de poner nuestro gozo, nuestra felicidad y nuestro paraíso en aquello mismo en que lo hacen consistir los Santos, la Santísima Virgen, el Hijo de Dios y el Eterno Padre.

Ahora bien, los Santos y la Santísima Virgen, en todo encuentran su felicidad y su paraíso; porque, viendo en todas las cosas la voluntad de Dios, en todas ellas ponen su contento. El Hijo de Dios y el Padre celestial, gózanse infinitamente en todas sus obras, en todas sus voluntades y permisiones: «Complacese ha el Señor en sus criaturas». Y, tan cierto es que Dios se complace en los efectos de su justicia, cuando ésta exige el castigo del pecador obstinado como en los efectos de su bondad cuando obra en los bienaventurados, que leemos en el libro sagrado del Deuteronomio estas palabras: «Así como en otros tiempos se complació el Señor en haceros bien, así se gozará en abatiros y arrastraros» (6). He ahí porqué debemos también nosotros poner nuestra felicidad en todas las voluntades, permisiones y obras de Dios, y, en términos generales, en todas las cosas, excepto en el pecado que debemos detestar y aborrecer, adorando, no obstante, y bendiciendo la permisión de Dios y la disposición de su justicia que, por justo juicio, permite que, en castigo de un pecado, caiga el pecador en otros nuevos pecados.

De este modo, supuesta la gracia de N. Señor, hemos dado con el medio de vivir siempre contentos y de tener el paraíso en la tierra. Ciertamente, seríamos nosotros bien difíciles de contentar, si no nos contentáramos con lo que contenta a Dios, a los ángeles y a los Santos, quie-

6. «Et sicut ante laetatus est Dominus super vos, bene vobis faciens..., sic laetabitur disperdens vos atque subvertens». XXVIII - 63.

nes no tanto se regocijan por la grandísima gloria que poseen, como por el cumplimiento de la voluntad de Dios en ellos; es decir: porque Dios se complace en glorificarles. Y, a la verdad, no tendremos motivo de quejarnos por encontrarnos en el paraíso de la Madre de Dios, del Hijo de Dios y del Padre Eterno.

Practicándolo así, comenzaréis vuestro paraíso en este mundo, gozaréis de una continua paz, realizaréis vuestras obras, como Nuestro Señor Jesucristo realizaba las suyas cuando estaba en la tierra, con espíritu de agrado y alegría; que esto Él lo desea y pide a su Padre para nosotros la víspera de su muerte, con estas palabras: «Que tengan ellos en sí mismos el gozo cumplido que tengo yo» (7).

CAPITULO XI

De la caridad cristiana

No sin razón el Hijo de Dios, una vez que hubo dicho en su santo Evangelio que el primero y mayor de los mandamientos de Dios es que le amemos con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y con todas nuestras fuerzas, nos declara a continuación que el segundo mandamiento, que nos obliga a amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos, es semejante al primero (1). Porque, en efecto, el amor de Dios y del prójimo son inseparables;

7. Ut habeant gaudium meum impletum in semetipsis». Joan, XVII - 13.

no son dos amores, sino un solo y único amor; y hemos de amar a nuestro prójimo con el mismo amor con que amamos a Dios, porque debemos amarle, no en él ni por él, sino en Dios y por Dios; o, por mejor decir, a Dios mismo es a quien debemos amar en el prójimo.

Así es como Jesús nos ama: nos ama en su Padre y por su Padre, o más bien, ama a su Padre en nosotros y quiere que nos amemos unos a otros, como Él nos ama. «El precepto mío es: que os améis unos a otros, como yo os he amado a vosotros» (2).

En esto consiste la caridad cristiana, en amarnos unos a otros como Jesús nos ama. Amanos Él tanto, que nos entrega todos sus bienes, todos sus tesoros, a sí mismo; y emplea todo su poder, todos los resortes de su sabiduría y su bondad para hacernos bien. Su caridad para con nosotros es tan excesiva que aguanta nuestros defectos largo tiempo y con una dulzura y paciencia grandísimas; que es el primero en buscarnos, cuando le hemos ofendido; Él, que no nos hace sino toda clase de bienes y que parece preferir, en cierta manera, nuestras comodidades, gustos e intereses a los suyos, sujetándose durante su vida mortal a toda clase de incomodidades, miserias y tormentos para librarnos a nosotros de ellos y hacernos felices. En una palabra, nos ama tanto que emplea por nosotros toda su vida, su cuerpo, su alma y su humanidad, todo lo que es, tiene y puede; todo caridad y amor hacia nosotros, en sus pensamientos, palabras y acciones.

He aquí la regla y el modelo de la caridad cristiana. Ved lo que reclama de nosotros, cuando nos manda

1. «Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et in tota anima tua, et in tota mente tua. Hoc est maximum et primum mandatum. Secundum autem simile est huic: Diliges proximum tuum sicut te ipsum). Matthe. XXII; 37-39.

2. «Hoc est praeceptum meum, ut diligatis invicem, sicut dilexi vos». Joan., XV, 12.

amarnos unos a otros, como Él nos ama. Debemos mutuamente amarnos, haciendo los unos por los otros lo que Jesucristo hizo con nosotros, según el poder que de Él mismo recibamos.

Y, a fin de traeros y animaros más a esto, mirad a vuestro prójimo en Dios y a Dios en él; es decir: miradle como cosa salida del corazón y de la bondad de Dios, como una participación de Dios, como un ser que ha sido creado para volver a Dios, para morar un día en el seno mismo de Dios, para glorificar a Dios eternamente, y en el que Dios será eternamente glorificado, sea en su misericordia, sea en su justicia. Miradle como cosa que Dios ama, cualquiera que ella sea; porque Dios ama todo lo que creó, y nada aborrece de cuanto hizo; únicamente aborrece al pecado, que por Él no ha sido hecho. Mirad que vuestro prójimo tiene el mismo origen que vosotros, que es hijo de un mismo padre, criado para el mismo fin, perteneciente al mismo Señor, rescatado al mismo precio, es decir, con la sangre preciosa de Jesucristo; que es miembro de una misma cabeza que es Jesús, y de un mismo cuerpo que es la Iglesia de Jesús; que, como vosotros, se alimenta con el manjar de la carne y sangre preciosísimas de Jesús; y, con quien, por consiguiente no debéis tener más que un mismo corazón. Miradle también como templo de Dios vivo, como a quien lleva en sí la imagen de la Santísima Trinidad y el carácter de Jesucristo, verdadera porción de Jesús, hueso de sus huesos y carne de su carne, por quien Jesús tanto trabajó y sufrió, empleó todo su tiempo y sacrificó su sangre y su vida; y, en fin, como a quien Jesús os recomienda que le tratéis como si fuese Él mismo, asegurándoos que «lo que hiciéseis con el más pequeño de los suyos, es decir, de los que creen en Él, lo tendrá como hecho a Él mismo» (3). ¡Ah, si pensásemos y meditásemos bien la importancia de estas verda-

des, qué caridad, qué respeto, qué reverencia nos tendríamos los unos a los otros! ¡Qué temor tendríamos de lastimar la unión y caridad cristiana, con nuestros pensamientos, palabras o acciones! ¡Cómo nos aguantaríamos los unos a los otros! ¡Con qué caridad y paciencia excusaríamos los defectos del prójimo! ¡Con qué dulzura, modestia y discreción nos trataríamos! ¡Qué cuidado pondríamos, como habla San Pablo, «en procurar dar gusto al prójimo en lo que es bueno y puede edificarle!» (2). ¡Oh Jesús, Dios de amor y de caridad, imprimid estas disposiciones y estas grandes verdades en nuestros corazones!

CAPITULO XII

Práctica de la caridad cristiana

Si queréis vivir del espíritu de la caridad cristiana, que no es otro que una continuación y complemento de la caridad de Jesús, es necesario que os ejercitéis con frecuencia en las prácticas siguientes.

Adorad a Jesús, que es todo caridad; bendecidle por toda la gloria que ha dado a su Padre, con los continuos ejercicios de su caridad. Pedidle perdón de todas las faltas que, en todo tiempo habéis cometido contra la caridad, suplicándole que, en satisfacción de estas faltas, ofrezca

3. «Amen dico vobis, quandiu fecistis uni ex his fratribus meis minimis, mihi fecistis». Matth., XXV, 40.

4. «Unusquisque vestrum proximo suo placeat in bonum ad aedificationem». Rom., XV, 3.

Él por vosotros a su Padre su caridad. Entregaos a Él y suplicadle que destruya en vosotros, pensamientos, palabras, acciones, todo lo que sea contrario a la caridad y que haga vivir y reinar en vosotros su caridad.

Leed repetidas veces y medita estas palabras de San Pablo: «La caridad es sufrida, es dulce y bienhechora: la caridad no tiene envidia, no obra precipitada ni temerariamente, no se ensoberbece; no es ambiciosa, no busca sus intereses, no se irrita, no piensa mal, no se huelga de la injusticia, complácese sí en la verdad; a todo se acomoda, cree todo el bien del prójimo, todo lo espera y lo soporta todo. La caridad nunca fenece» (1).

Adorad a Jesucristo, pronunciando estas sagradas palabras, entregáos a Él, suplicándole que os dé su santa gracia para poder llevarlas a la práctica. En los servicios y en todas las acciones que realicéis con el prójimo, sea por obligación, sea por caridad, elevad a Jesús vuestro corazón, diciéndole de esta manera: «¡Oh Jesús, quiero realizar esta obra, si es de vuestro agrado, en reverencia y unión de la caridad que Vos tenéis con esta persona, y por Vos mismo, a quien deseo ver y servir en ella!».

Cuando necesitéis alimentar o dar algún descanso y refrigerio a vuestro cuerpo, hacedlo con la misma intención, mirando vuestra salud, vuestra vida y vuestro cuerpo, no como cosa vuestra, sino como uno de los miembros de Jesús, como cosa que pertenece a Jesús, según el testimonio de la palabra divina.

Cuando saludéis u obsequiéis a alguno, saludadle y honradle como a templo e imagen de Dios y miembro de Jesucristo.

1. «Charitas patiens est, benigna est: charitas non aemulatur, non agit perperam, non inflatur, non est amittosa, non quaerit quae sua sunt, non irritatur, non cogitat malum, non gaudet super iniquitate, congaudet autem veritati: omnia suffert, omnia credit, omnia sperat, omnia sustinet. Charitas nunquam excidit». I Cor., XIII, 4-8.